

DAVID ABULAFIA

**EL DESCUBRIMIENTO
DE LA HUMANIDAD**

**ENCUENTROS ATLÁNTICOS
EN LA ERA DE COLÓN**

Traducción castellana
de Rosa María Salleras Puig

CRÍTICA
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	11
<i>Dramatis personae</i>	15
<i>Glosario</i>	21

PRIMERA PARTE

Horizontes mentales: Los pueblos, las islas y las costas de la imaginación

1. Descubriendo a gente de otros mundos	29
2. Salvajes y nómadas	37
3. Imágenes de Asia	53

SEGUNDA PARTE

Horizontes orientales: Los pueblos, las islas y las costas del Atlántico oriental

4. Inocencia y salvajismo en las islas Canarias, 1341-1400	63
5. Los canarios, 1341-1496	81
6. Derechos de dominio, 1341-1496	99
7. Conquistadores pendencieros, 1402-1444	111
8. Oro y esclavos, 1444-1496	127

TERCERA PARTE

Horizontes occidentales: Los pueblos, las islas
y las costas del Atlántico occidental

9. De las viejas Canarias a las nuevas Canarias, 1492	143
10. Taínos y caribes	155
11. Tortugas, chamanes e inhaladores	173
12. Cuba = Cipango = Japón, 1492	189
13. La Navidad, 1492-1493	207
14. Primeras noticias del Nuevo Mundo, 1493	221
15. Hacia el Caribe, 1493-1494	235
16. Desgobierno en La Española, 1494-1496	249
17. El proyecto se desmorona, 1497-1498	265
18. Colón eclipsado, 1498-1506	277

CUARTA PARTE

Horizontes del sur: Las costas y los pueblos atlánticos
de América del Sur

19. El periodismo sensacionalista de Vesputio, 1497-1506	295
20. La Tierra de la Santa Cruz, 1500	319
21. Los dominios del rey Arosca, 1505	337
22. Un «Requerimiento» voluntario obligatorio, 1511-1520	345
Conclusión. El descubrimiento del hombre en el Renacimiento . . .	369
<i>Abreviaturas</i>	379
<i>Notas</i>	383
<i>Bibliografía</i>	419
<i>Índice analítico</i>	451
<i>Créditos de las ilustraciones</i>	467
<i>Índice de mapas</i>	469

PREFACIO

A finales del siglo xv, los horizontes europeos se ampliaron inmensamente. Lo que se había descubierto no eran sólo tierras, sino pueblos, a la mayoría de los cuales se solía denominar pueblos «primitivos». Tradicionalmente, sin embargo, en la literatura que trata de los primeros descubrimientos han predominado las cuestiones geográficas y de navegación, relacionadas con el conocimiento del Atlántico, los tipos de barco y los lugares exactos de llegada. Este libro aborda un aspecto diferente. Lo que experimentaron los cristianos europeos fue nada más y nada menos que su propio descubrimiento de la humanidad, de la variedad y de la amplitud de la actividad y expresión humanas. El debate sobre este descubrimiento se prolongó a lo largo de varios siglos y, desde mediados del siglo xvi, se ha escrito mucho sobre estos análisis, que presentan el descubrimiento de los nuevos pueblos como un largo proceso. Extrañamente, el momento del descubrimiento y sus consecuencias inmediatas han sido objeto de una atención mucho menor. A fin de transmitir de algún modo la conmoción que provocó el descubrimiento, y el desconcierto ante el hecho de haber caído en la cuenta de la existencia de millones de personas cuyas sociedades, creencias y prácticas se diferenciaban de modo abismal de las de sus contemporáneos europeos, en este trabajo me he basado, hasta donde me ha sido posible, en testimonios presenciales de los primeros encuentros entre los europeos y los pueblos antes desconocidos para ellos.

En realidad, la historia de estos encuentros empezó un siglo y medio antes de la primera llegada de Colón al Caribe, en el Atlántico oriental, en el pequeño pero muy significativo territorio de las islas Canarias. Antes aún, en la Europa medieval, los pueblos monstruosos que supuestamente poblaban los confines del mundo modelaron la actitud y las expectativas de los exploradores europeos. En el siglo xv, ya había quien se había embarcado en el descubrimiento de pueblos remotos: las expediciones chi-

nas, dirigidas por el eunuco Zheng He, le proporcionaron a China un conocimiento detallado de los pobladores y de la fauna del océano Índico, pero terminaron abruptamente en el año 1433, por motivos que han sido analizados y debatidos en profundidad. En cualquier caso, tuvieron el efecto de cerrar China al resto del mundo después de 1433, en lugar de contribuir a crear lazos que alcanzaran distancias no imaginadas antes. Aun así, el tema del descubrimiento de estas tierras y gentes se enfrenta ahora al desafío de aquellos que afirman, no sin un cierto grado de razón, que los pueblos indígenas, en su gran mayoría, llevaban ahí mucho tiempo y que eran perfectamente conscientes de su propia existencia; en consecuencia, hablar de su «descubrimiento» constituye una interpretación eurocéntrica de la historia que insulta a su identidad. Sin embargo, francamente, establecer contacto con aquellos pueblos constituyó un acontecimiento de tal importancia en la historia de la humanidad, puesto que resultó en la creación de grandes imperios y en la destrucción de pueblos enteros, que su dimensión europea salta a la vista. Se trataba del inicio de un proceso que empezó con la creación de los imperios portugués y español y que continuó en los siglos posteriores con el establecimiento de las hegemonías inglesa, francesa y holandesa a lo largo y ancho del globo. Es importante recordar que se trataba de un encuentro de doble sentido. Los europeos conocieron por primera vez a los pueblos indígenas, pero ellos también conocieron por primera vez a los europeos. Los acontecimientos descritos en este libro no condujeron únicamente al descubrimiento de aquello que los europeos denominaron Nuevo Mundo, sino que cambiaron el mundo entero por completo.

Muchos estudios recientes de los primeros encuentros atlánticos los han desarrollado autores eruditos cuyos enfoques «posmodernos» y «poscoloniales» del material, e incluso sus muy politizadas lecturas de los textos clave, no han aportado precisamente demasiado a la hora de arrojar luz sobre los testimonios. Los europeos, se dice en ocasiones, destruyeron un paraíso en el que la humanidad vivía en armonía con la naturaleza. Los canibales se convirtieron en una construcción colonialista. Nosotros tenemos la culpa. Otros pueden argumentar que los habitantes del Caribe casi llegaron a igualar a los europeos en cuanto a la destrucción del hábitat y de su entorno se refiere. Yo estoy convencido de la existencia de canibales en el Caribe y en Brasil, y de que la repulsa de los observadores europeos al verles ingerir carne humana era genuina; y que sus primos en España asaran carne humana en las piras de la Inquisición española (aunque no se la comieran) añade un cierto grado de ironía, como bien sabía Montaigne, el gran ensayista del Renacimiento. Tampoco es dema-

siado de mi agrado la jerga utilizada en muchos de los análisis posmodernos; un libro que examina la primera descripción de Brasil informa solemnemente al aturdido lector que «considera que el discurso constituye el lugar donde la subjetividad colonial brasileña lucha contra la estasis de la condición del Otro, creándose y re-creándose constantemente a sí misma mediante el lenguaje». A aquellos a quienes este lenguaje desconcierta les recomiendo encarecidamente que vuelvan a leer El traje nuevo del Emperador de Hans-Christian Andersen.

Entre los historiadores que han analizado el período anterior y posterior a Colón, me gustaría mencionar en especial a Felipe Fernández-Armesto, que ahora ocupa la cátedra Príncipe de Asturias de la Universidad de Tufts, y de quien he aprendido mucho, leyendo su obra y conversando con él. Entre aquellos que han transformado nuestra comprensión de los acontecimientos posteriores, me gustaría mencionar a Anthony Pagden, antiguo colega mío y ahora en la UCLA. También tengo antiguas deudas: con Peter Brooks, en la actualidad en el Robinson College de Cambridge, quien me introdujo con una gran energía en el tema de la exploración europea cuando yo era su alumno en St. Paul's School; con el fallecido Geoffrey Scammell de Pembroke College, Cambridge, quien me hizo descubrir todo un mundo de erudición francesa de principios de la Edad Moderna; Caroline Dodds (Sidney Sussex College, Cambridge) y mi cuñada, nacida en Brasil, Inés Sapir Cohn, leyeron las primeras versiones de este libro e hicieron útiles comentarios. En Cambridge, todo mi agradecimiento a Peter Stacey (Sidney Sussex), William O'Reilly (Trinity Hall), John Marenbon (Trinity), David Phillipson (Caius) y a Chang Na (Caius); también a Eyda Merediz (Universidad de Maryland), Francisco Béthencourt (King's College, Londres), Stefan Halikowski Smith (Universidad de Swansea), Amanda Power (Universidad de Sheffield), Joan-Pau Rubiés (LSE), François Soyer (Lisboa), Debra Blumenthal (Universidad de California, Santa Barbara), Ulpiano Bezerra Toledo de Meneses y Marlene Suano (Universidad de São Paulo), Hiroshi Takayama (Universidad de Tokyo) y a Katherine Spears (Bernard Quaritch Ltd); y muy importante, a mi agente, Bill Hamilton de A. M. Heath, y a mi editora, Heather McCallum de Yale University Press, que ha demostrado ser una lectora atenta y de mucha ayuda, igual que Candida Brazil. He podido consultar, y sacar un gran provecho de ellas, las inigualables colecciones de la biblioteca de la Universidad de Cambridge, la Biblioteca Bodleiana de Oxford (realzada por la gran hospitalidad del rector y de la junta de profesores de Brasenose College hacia los miembros del profesorado de la Universidad de Cambridge) y de la British Library de Londres.

Los orígenes de este libro se remontan a un estudio que escribí sobre los primeros encuentros entre los europeos y los canarios en el siglo XIV, y a una conferencia pronunciada, para aquellos que desearan escucharla, en Cambridge, en la Oxford University History Society, en Dulwich College, en la Harrow School, en Madrid (UNED) y en la Asociación de Estudios Mediterráneos en Coímbra y Génova. Este libro también surgió a partir de un curso impartido en la facultad de historia de Cambridge titulado «Atlantic Encounters in the Age of Columbus», y deseo dar las gracias de todo corazón a todos aquellos que participaron en él y lo convirtieron en una experiencia tan gratificante para mí, y espero que también para ellos. A continuación, solicité la excedencia como decano de la facultad de historia para tomarme un año sabático durante el que escribir este libro. Como siempre, y por encima de todo, he contado con el apoyo y el interés de Anna Sapir Abulafia, a lo que hay que añadir la ventaja añadida de que mi esposa posee un inmenso conocimiento de algunos de los puntos teóricos mencionados en este libro. También me ha acompañado a visitar algunos de los lugares del Atlántico oriental, Portugal y España que aparecen en él. Sobre todo, ha leído el manuscrito y ha aportado sus críticas al texto con un enorme cuidado y atención. Esta vez, sin embargo, este libro está dedicado a mis hijas, Bianca y Rosa, que siempre son una excelente compañía, tanto en casa como viajando, y a ellas se lo dedico con el mayor de los cariños.

David Abulafia
Gonville and Caius College, Cambridge
6 de marzo de 2007